

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

BRIZNAS

Misterios hay en la administración, cuyo velo tuido no desgarraremos nunca los simples mortales. Yo daría algo (somos aficionados a la investigación, aun comprendiendo su frecuente inutilidad) por saber la razón de que el ayuntamiento de Monforte anuncie la vacante de dos plazas de médico municipal, dotadas con el haber de 999 pesetas anuales cada una.

O mejor dicho, y para que no falte la debida claridad al discurso: daría algo por saber la razón de que ese ayuntamiento no ofrezca a sus médicos municipales las 1.000 pesetas redondas.

¿Será por economía? ¡Hombre, qué diantre! Una pesetilla no va, como suele decirse, a ninguna parte; una pesetilla a nadie saca de apuros.

¿Será por rebajarles los humos a dichos funcionarios, demostrándoles que su valer no alcanza a las clásicas 1.000 pesetas justas?

En fin, que no lo entiendo; y probablemente ya me quedará toda la vida con la curiosidad. Esa peseta menos será un enigma añadido a los muchos que en la gestión de los negocios públicos se alzan ante el profano, como otras tantas esfinges de papel sellado y de polvo expedientístico.

\*\*

La embriaguez no es en el hombre un estado diferente, en su esencia, del habitual; no difiere sino en la cantidad, por decirlo así. Cada cual sigue siendo quien era: sólo que se exalta y acentúa la personalidad. De ahí que existan esas llamadas *borracheras simpáticas*, en que el beodo siente desbordarse la generosidad y el espíritu caballeresco, y desea emprender toda suerte de fazañas y aventuras generosas y románticas, salir a la defensa de los oprimidos, erigirse en justiciero, tener unos brazos tan grandes que con ellos pueda abrazar amorosamente a los buenos y estrangular a los pillos. Si queréis conocer bien, a fondo, a una persona, estudiadla revelada por la embriaguez.

Extendiendo a la colectividad lo que digo del individuo, se verá que también es exacto, profundamente exacto. Aunque parezca cosa averiguada por los psicólogos y los penalistas que la muchedumbre desarrolla, mediante contagio, instintos criminales de que el individuo carece, lo cierto es que la masa no es otra cosa que la suma de las unidades, y nada hay en este conjunto que en la unidad no existiese, más ó menos latente. Y cuando una multitud, ebria, si no de vino, de cólera, incurra en ciertos desmanes, decid con seguridad absoluta que dentro de los individuos fermentaba todo lo que al reunirse saltó por el aire como el corcho de una botella de Champagne.

\*\*

El estado de nuestra nación es tal, que donde nos reunamos ha de presentarse esa fermentación de malsanos elementos, que son al organismo nacional como las oxidaciones inficientes al cuerpo humano: impurezas que lo están abrumando y destruyendo. ¿Qué cosa más hermosa, a veces, que un motín de estudiantes? Generalmente los escolares no se soliviantan sino por motivos que llevan en sí algo de ese espíritu de idealidad que es patrimonio de la juventud. Bulle en ellos la savia de la esperanza, el anhelo de cosas grandes y rectas, que esperan conseguir con un día de efervescencia en las calles, con unos cuantos gritos, con pasajera resistencia a los poderes vigentes y a la autoridad constituída. Los

estudiantes, en otros países, son una fuerza expansiva al servicio de la libertad, de la ciencia y de la patria. Mas no por eso creáis que lo son ó lo han sido siempre. Cuando la sociedad está degenerada ó atrasada, si queréis juzgarla estudiadla en momentos de alboroto estudiantil. En Francia, por ejemplo, estaba atrasada la sociedad en lo que respecta a los derechos de la mujer. El criterio social consistía en procurar alejar a la mujer de las profesiones en que puede, conservando su honra, ganarse la vida. Se quería mantener el privilegio del varón, y cerrar a sus competidoras el camino de la decorosa subsistencia por la labor artística y científica. No se transigía con que hubiese médicas, boticarias, practicas, enfermeras, pintoras, adornistas, decoradoras de porcelana, telas y muebles, y mucho menos abogadas. Y para desahogar esta intransigencia, los escolares cometieron la indignidad de *abuchear*, como aquí diríamos, a las alumnas, sus compañeras, respetables doblemente, aparte del sexo, por la ley del compañerismo. «*¡Conspuez les femmes!*» fué el grito estúpido de aquellos bárbaros de la civilización... a medias — pues la civilización completa no excluye a la mujer en caso alguno.

\*\*

Ya ha cesado tan vergonzosa fermentación; ya las mujeres concurren a las aulas y a las Academias, encontrando las consideraciones a que son acreedoras. ¿Por qué? Porque la sociedad se ha saneado; porque la causa de la mujer ha ganado terreno insensiblemente; porque la cultura ha avanzado y marcado la huella de sus lindos pies calzados con airosa y fina sandalia griega en uno de los terrenos más refractarios, donde más se la rechazaba. — Los estudiantes no habían sido, al gritar «*¡Conspuez les femmes!*», sino unos dóciles seides de la tradición: parecían alborotadores y eran reaccionarios. Las multitudes suelen padecer esta enfermedad: creyéndose innovadoras, no hacen más que eternizar la rutina. Ese freno duro y rancio, que llevan sin darse cuenta de ello, las subyuga. Toda agrupación es lo que es la masa de donde procede. Los estudiantes de París, ¿qué eran? Franceses de 1895 y 1896.

\*\*

Los de Madrid son españoles de 1901, lo cual, aunque resulte más adelantado en fecha, es en realidad tener un siglo menos. No fueron los estudiantes como tal clase; fué la sociedad a que pertenecen, la España actual desdichadísima, la que prendió fuego a un tranvía y estropeó a un infeliz conductor, viejo y honrado, en mitad de la calle Ancha, casi frente al templo de Minerva, ó dígame la Universidad. La incultura, la barbarie de nuestro triste tiempo, se revelaron ahí de pronto como repugnante úlcera que descubre un brusco movimiento del enfermo alzando un paño. Jamás una sociedad en que las ideas morales y de altruismo estén arraigadas, en que la urbanidad y la delicadeza sean un hábito, en que ciertos espectáculos merezcan la reprobación general y subleven las conciencias; jamás esa sociedad verá surgir de su seno mozalbetes que peguen fuego a un coche y apaleen a un anciano. Otros alborotos, otras protestas, otros disturbios, se explicarán por la juventud; ese no se explicaría nunca en un pueblo educado. ¿Lo somos aquí? Respondan los hechos...

\*\*

Mariano de Cavia, que siempre está *al quite*, trata en un artículo del *Imparcial* una cuestión bibliotecaria, con un criterio que es exactamente el mío. — En la Biblioteca Nacional de Francia está vedado por el reglamento facilitar al público, sin justificación suficiente, sin probar que se piden para serios trabajos, novelas y dramas modernos. Confieso que esta prohibición me sorprendió muchísimo y me pareció no poco absurda, cuando la supe, hace muchos años, durante la época en que frecuentaba dicha biblioteca pasando en ella horas y horas del día. Es que entonces miraba yo a Francia (obedeciendo a una preocupación vulgar) como la Meca del progreso; y hoy, en este punto, he cambiado bastante de opinión. Tenemos que aprender de Francia, pero ¿cuánto puede aprender Francia aún de las naciones del Norte! Nuestra bella y grande «hermana latina» está en infinitos respectos metida hasta el cuello en el doctrinarismo, estacionaria, apocada de espíritu, y hay capítulos en que todavía no ha pasado de Luis Felipe.

¿A qué viene esa restricción, ese esconder novelas y dramas modernos? Lo primero que parece deducirse de ello, es que leer la novela y el drama de nuestros días, como no sea para escribir un estudio

crítico, constituye una especie de placer vicioso, algo que se les debe evitar a los lectores para que no estraguen la salud. ¡Cuidado, niño! ¡No leas eso, que es pecado y vas a condenarte! A menos que sea un malicioso prurito de condenar a la gente a lecturas que no la diviertan..., ó que los autores de ese reglamento estén contaminados del virtuoso horror a la novela, inspirador de las diatribas de algunos ultratimoratos, que vieron en ella una invención del enemigo, un veneno mortal para las muchachas casaderas y los estudiantes del Instituto. ¿Acaso no es la novela un género literario épico-lírico, que ha producido innumerables obras maestras, que ha venido a substituir por natural evolución a la canción de gesta, al romance, a las heroídas, a la misma historia, a la cual ha marcado derroteros y enseñado procedimientos? ¿Acaso no es el género literario que en nuestro siglo ha penetrado en las entrañas de la sociedad, y en el cual han brillado, como estrellas de luz distinta, pero de magnitud incontestable, Víctor Hugo y Jorge Sand, Balzac y Flaubert, Scott y Dickens — para no hablar sino de los muertos?

Y el drama, ¿no es otro género fecundo y brillante, en cuyo terreno se han reñido las más empeñadas batallas estéticas? ¿Acaso se han conchabado los bibliotecarios y los autores, para que los pobres estudiantes parisienses y los bohemios de escurrida bolsa no puedan conocer la literatura dramática contemporánea más que en el teatro, donde cuestan tan caros los asientos?

\*\*

¡Ah! Fomentad el vicio de leer, hasta ofreciendo premios. No creáis que existen *malas lecturas*: Gentes de pusilánime condición tiemblan ante la cubierta de un libro, como si fuese una bomba de dinamita. No hay libro malo: toda lectura es buena, toda lectura es preferible a la *no lectura*. La *única lectura mala*, es la *lectura única*. Como los fagocitos con los bacilos patógenos, unos libros neutralizan los efectos de otros libros, y leer sin cesar, es el remedio eficaz de haber leído algo.

\*\*

El medicamento de la libertad, no ensayado, tal vez nunca lleguemos a aceptarlo los latinos. Pugna con nuestras ideas; es repulsivo a nuestra mentalidad, a nuestro sentido peculiarísimo, de restricción y moderación, de orden artificialmente establecido y conservado. La libertad es a veces un soplo franco y fuerte, a veces un huracán, a veces un terral cálido que todo lo abrasa; le tenemos miedo; no prestamos fe a sus beneficios.

Simbólicamente le llamamos *medicina* a la libertad... Consideremos la medicina. Los últimos adelantos de esta ciencia se basan en dos pilares fortísimos: libertad y naturaleza. Es curioso que la medicina demuestre lo que socialmente venimos recomendando: el valor curativo de la libertad.

Antaño, en toda enfermedad grave, ya se sabía: las precauciones consistían en cerrar herméticamente, en aislar al enfermo del aire exterior, en convertir su habitación en una especie de mazmorra ó sepulcro. Hogaño, se abren de par en par ventanas y galerías, dejando que entren a torrentes la luz y el aire del exterior. En todo aire *respirado* existen venenos. El aire se analiza como se analiza una substancia alimenticia, leche ó harina, por ejemplo, y se encuentran en él, según su grado de pureza, los principios deletéreos ó vitales.

Con el sistema de libertad, con el aire, el sol, el agua, la mortalidad ha disminuido, la medicina obtiene resultados maravillosos. Abrid así la inteligencia: lo único funesto es tabicarla. Leed, leed, leed...

\*\*

¿Os habéis olvidado ya de los boers? ¡Cuál será el heroísmo de ese pueblo, que durante tan larga guerra la atención no se ha fatigado y aún hay enérgicos movimientos de simpatía y entusiasmo hacia ellos y furiosos arrebatos de indignación contra sus opresores!

¿Os acordáis de nuestra guerra de Cuba? ¿De cómo los ingleses nos aturdían los oídos predicando humanidad, a propósito de nuestros campeonatos de reconcentrados? ¿De aquellos cuadros pavorosos de espectros y moribundos, víctimas de nuestra crueldad?

Pues era que se ensayaban para ejecutar en el Transvaal todo lo que nos atribuían en la Antilla. Caiga sobre sus hombros la chapa de plomo de los hipócritas.

EMILIA PARDO BAZÁN.